

En Tebet, Gabriela, *Estudos de bebês e diálogos com a sociologia*. San Pablo (Brasil): Pedro & João Editores.

A Sociologia das Emoções, em diálogo com os bebês - Versión español.

De Grande, Pablo.

Cita:

De Grande, Pablo (2019). *A Sociologia das Emoções, em diálogo com os bebês - Versión español*. En Tebet, Gabriela *Estudos de bebês e diálogos com a sociologia*. San Pablo (Brasil): Pedro & João Editores.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/pablo.de.grande/56/2.pdf>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pcWP/CV8/2.pdf>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite:
<https://www.aacademica.org>.

La sociología de las emociones, en diálogo con los bebés

Pablo De Grande

Traducción de la versión publicada en portugués en Tebet, Gabriela Estudos de bebês e diálogos com a sociologia. San Pablo (Brasil): Pedro & João Editores.

El propósito de este capítulo es explorar la relación entre bebés y emocionalidad, de cara a dar un adecuado tratamiento a este nivel de la experiencia en estudios sobre bebés.

Mi perspectiva empírica respecto a las maternidades, paternidades e infancias deriva de investigar en la Ciudad de Buenos Aires las formas de sociabilidad contemporáneas de familias con sus bebés entre los años 2013 y 2018. En este transcurso, conversé con madres y padres de sectores medios profesionales y de sectores no profesionales acerca de sus experiencias con hijos en el primer año de vida. En lo personal, he tenido la suerte de ver crecer y acompañar a mis tres hijas pequeñas junto a su madre, quienes nacieron en los últimos 8 años y alimentaron mi interés en las dinámicas sociales con que las personas iniciamos nuestras vidas en sociedad.

Para problematizar la relación entre bebés y emociones, creo que cabe comenzar por introducirnos en una tensión que atravesó buena parte del imaginario occidental respecto a los bebés a largo del siglo XX. Por un lado, se postuló la importancia de lograr una máxima intensificación del vínculo afectivo de los niños con sus madres (Nari, 2004): a diferencia de lo observado en períodos previos, ahora debían ser las madres quienes cuiden en el ámbito de las casas a sus niños (Loredo Narciandi y Jiménez Alonso, 2014; Zoila, 2007). Por otro, sabemos que este modelo apoyó su legitimidad en las emergentes disciplinas científicas de la primera infancia (la pediatría, la puericultura y psicología del desarrollo), las cuales patrocinadas en gran medida por los estados nacionales hicieron público el llamado a esta privatización de la crianza (Pereira, 2006; Bonilha, 2004, p. 60). De este modo, vinieron a insistir en la importancia de considerar al bebé como objeto exclusivo de las familias conyugales y de su ámbito privado (Lima, 2012), a la vez que articularon mecanismos para la administración y el gobierno de la infancia y la maternidad.

Al parto institucionalizado (Nagahama y Santiago, 2005; De Grande, 2017) siguieron los controles médicos maternos, neonatales y pediátricos (Costa et al., 2004); la invención de la leche de fórmula; la reducción progresiva de la existencia de niños puestos en circulación en diferentes formas y arreglos de cuidado, excluyendo roles aún muy frecuentes en las primeras décadas del siglo XX como las amas de leches¹ y las nodrizas (Pereira, 2006, p. 80), promoviendo al hogar nuclear como ámbito ideal de crianza.

En este capítulo, buscaremos aproximar desde la sociología de las emociones algunas pistas para abordar la emocionalidad en el estudio de bebés. La intención de trabajar en este diálogo es permitir ver puentes posibles entre ambos campos de conocimiento, sin ubicarse en los extremos mencionados, es decir, sin adscribir a la imagen del bebé como un ser cuyo sentido no puede ser otro que la realización emocional de su madre o sus padres (Zelizer, 1994), ni tampoco asumir una relación que suponga un vínculo desafectado de la significación emotiva de las vivencias, subsidiaria del cálculo de costos y beneficios de la administración de los cuidados.

Sociología y emociones

La sociología clásica señalaba a la emotividad como un elemento necesario en el análisis de la vida social (Ariza, 2016, p. 10). Nociones como la del desencantamiento weberiano del mundo caracterizando a la modernidad (Weber, 1978, p. 96), el padecimiento anómico crónico de las sociedades industriales en la obra de Émile Durkheim (2006, p. 365), o la indolencia como adaptación a la vida urbana en George Simmel (2005), son marcas de la impronta del sentir en la sociología clásica.

En este sentido, *El Suicidio* de Émile Durkheim (2006) es una obra fundacional en sociología que viene a disputar a la psicología la explicación causal de una decisión con una alta carga emotiva como lo es el quitarse la vida, vista hasta entonces como algo de un orden individual y 'psicológico'. En cuanto a la *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* de Max Weber (1997), es también un texto clásico, que pone en su caso a la emoción (el fervor de la

¹ Las *amas de leche* eran mujeres que tenían bebés a su cuidado durante el período de lactancia. Sin ser sus madres biológicas, los alimentaban por la imposibilidad o negativa de la madre a hacerlo, conformando una relación que muchas veces se prolongaba en el resto de la vida conformándose en 'madres de leche'.

religiosidad ascética) como base de otras estructuras sociales complejas e impersonales (el sistema de producción capitalista-productivista).

Raymond Boudon señala que, según Vilfredo Pareto –un destacado sociólogo italiano de principios del siglo XX– la sociología sería la ciencia que busca explicar las acciones ‘no lógicas’ de las personas. Estas acciones, mejor referidas como ‘irracionales’, serían aquellas acciones que no pueden explicarse por criterios de maximización de beneficios del actor (1981, p.16).

Si bien no encuentra satisfactoria esta definición², Boudon reconoce en la máxima de Pareto la virtud de señalar un elemento recurrente en las intenciones de buena parte de la sociología: poner en cuestión los límites de las explicaciones económicas de la acción. Al insertar el contexto ritual, emocional y valorativo de la acción, la sociología buscar explicar las acciones complejas de las que participan las personas (Boudon, 1981, p.21). Los sistemas de interacción en que se encuentran –los ‘campos’ en la terminología de Bourdieu– y sus implicancias simbólicas, afectivas y materiales permiten reponer esos contextos, dando mejor cuenta de las motivaciones y dinámicas situadas de la práctica.

Cabe señalar que incluso si es clara la presencia de este rasgo en los autores clásicos de la disciplina, relacionando acción y emotividad, es posible sostener que el curso del siglo XX produjo un distanciamiento de la sociología respecto de esta dimensión.

En ese período, las emociones recibieron escasa atención, y perdieron protagonismo respecto de otras problemáticas como el análisis normativo, la preocupación por la dominación y la explotación y el reconocimiento de la interacción como proceso consciente y estratégico).

A este respecto, fue en el último cuarto del siglo pasado que la afectividad y sus dinámicas tomaron un renovado impulso. Desde entonces es que han comenzado a surgir teorías específicas referidas a los fenómenos emocionales como dimensión de las dinámicas sociales y de los mecanismos de interacción (Tenouten, 2006; Bericat, 2000; Hochschild, 1975), así como un mayor número de investigaciones ligadas a estos fenómenos (Thoits, 1989).

² Resulta a priori dificultoso dar con una definición de acción ‘no lógica’: muchas veces el cálculo no produce resultados óptimos, y al contrario, la superstición, la emoción y la tradición pueden muchas veces inspirar acciones con mejores consecuencias.

Del cuerpo a las emociones

Este campo de indagación disciplinar –la sociología de la emociones– comparte difusas fronteras con la sociología de los cuerpos (Scribano, 2012) y la antropología de las emociones (Lutz y White, 1986). En ambos casos, la preocupación por el carácter situado de los actores y la dimensión corporal y práctica de la experiencia se articulan con los estudios de las emociones en su oposición a las perspectivas apoyadas en la idea de un ser humano racional-formal desvinculado de los procesos vitales y materiales en que habita (Luna, 2000).

Esta localización en el nivel subjetivo-emocional produjo a nivel micro-social nuevos objetos y líneas de investigación, volviéndose el cuerpo (Shilling, 2003; Sheets-Johnstone, 1990), la interacción (Powell y Dépelteau, 2013) y la afectividad (Ariza, 2015; Ticineto y Halley, 2007; Tenouten, 2006) campos de abundante desarrollo teórico y empírico.

A nivel macro-social, existen también investigaciones que han caracterizado la estructuración histórica y social de la emotividad colectiva, tal como el caso de Zelizer (1994) respecto de la valoración emotiva de los bebés en Estados Unidos, el trabajo de Phillip Ariès (1962) sobre la sensibilidad hacia la familia y la infancia en Francia, la investigación de Pierre Bourdieu sobre la formación social de los criterios del gusto (Bourdieu, 2012) y la obra de Michel Foucault sobre la genealogía de los sentimientos colectivos respecto del castigo y el suplicio (Foucault, 1995).

André Turmel señala que durante buena parte del siglo XX, por criterios de organización disciplinar, los niños y la infancia fueron estudiados exclusivamente por la psicología y las ciencias biológicas (Turmel, 2008, p. 18), mientras la sociología abordaría tópicos como ‘la familia’ o ‘la educación’.

En el caso de las emociones, parecen haberse corrido una suerte similar, hasta el reciente ‘giro afectivo’ que permitió el arribo de un trabajo interdisciplinar y temático más amplio y complejo sobre las mismas (Block, 1957; Prinz, 2004).

Que los niños, los bebés y las emociones reingresen como sujetos sociológicos de pleno derecho, supone por parte de la disciplina relaciones diferentes con otros campos de conocimiento. Implica también un distanciamiento respecto de la idea del ‘hombre social’ (civilizado) como aquel que ha roto con la naturaleza –y con sus ‘pasiones’– para insertarse en una vida social-racional (Le Breton, p. 106).

Las personas, que ahora reclaman ser comprendidas como seres sexuales y sexuados, jóvenes o envejeciendo, padeciendo o disfrutando, señalan los límites de haber abrazado una separación radical entre naturaleza y sociedad en los inicios de la modernidad que deviene ahora un obstáculo epistemológico, y que se encuentra en la base de la división de trabajo científico, legatario en parte de dicha dicotomía (Latour, 2007).

Por una sociología con domesticidad

Estos cambios ocurrieron asimismo en diálogo con la producción de los estudios feministas que abogaron –entre otras cosas– por visibilizar esferas de la actividad humana relegadas tradicionalmente dentro de las ciencias sociales por sesgos patriarcales, industrialistas y etnocentristas (Flores y Tena, 2014; Maffía, 2007; Matos, 2008).

En este desafío político planteado al campo académico, lo doméstico, lo emotivo y lo infantil aparecieron señalados como instancias históricamente desplazadas de la producción hegemónica de conocimiento social (Gilligan, 1982). Una serie de conceptos (privado-femenino-infantil) se encadenan para hacer natural la invisibilización de los bebés en el marco más general de la invisibilización³ de la ontología de lo doméstico (Radkau, 1986).

El ámbito doméstico, como lugar de reproducción y adscripción de la familia nuclear, tomó su sentido contemporáneo en Argentina, Brasil y otros países de América, entre finales del siglo XIX e inicios del siglo XX (Aguilar, 2013)⁴. En ese período los discursos higienistas confluyeron en una definición de ‘hogar’ donde la casa debía ser el refugio moral y físico de los trabajadores, lugar de cultivación de los niños y de reclusión de las mujeres (como madres y como ‘amas de casa’) (Fuller, 2001).

A la par que se instalaron estos discursos sobre el hogar virtuoso y la familia trabajadora (Nari, 2004), diferenciada de los conventillos y las viviendas multifamiliares, dicho ámbito fue adscripto al nivel de lo ‘privado’ y lo ‘íntimo’. De esta forma, mientras las ciencias sociales orientaron buena parte de sus indagaciones a temas tales como la política, el estado o al mercado laboral, las mujeres en sus hogares –junto a los niños y jóvenes– serán vistas por

³ Con invisibilización nos referimos en particular a una subrepresentación de estos fenómenos en la producción académica con respecto a la prevalencia del referente empírico en cuestión.

⁴ Phillip Ariès señala que el modelo doméstico donde ‘la casa’ como espacio relativamente cerrado viene a ser el lugar en que un grupo familiar aboca sus energías al crecimiento de los niños que allí habitan, contrasta con las formas medievales de organización societal, y comienza a aparecer en las clases nobles y mejor posicionadas económicamente de Europa hacia el siglo XVIII (Ariès, 1962, p. 404).

estos saberes como económicamente ‘inactivas’ (Liernur, 1994, p. 4) y como un factor de riesgo para sus hijos en términos sanitarios y del cuidado (Rosemberg, 1994; Allemandi, 2017).

Esto da cuenta de un doble movimiento por el cual públicamente se instituye un nuevo modelo de reproducción social intra-viviendas (higienista, capitalista, patriarcal), a la vez que los hogares son señalados como espacio privado, y en consecuencia, ajeno a buena parte del escrutinio social y político. La familia nuclear deviene un patio trasero donde se alimentan y reproducen los sujetos de la vida pública, urbana e industrial (Santos Alves, 2013).

Los bebés, estando con sus madres como esquema más frecuente de cuidado, se localizan vitalmente en el espacio de la domesticidad. Consecuencia de ello, los bebés adolecieron tradicionalmente en las agendas de investigación social de una subalternidad que derivaba en primer lugar de no ser adultos, y luego por depender funcionalmente de un actor por sí mismo relegado, como lo son las mujeres y en especial las que están en sus espacios doméstico y familiares (Gottlieb, 2000)

Un gran impulso contrario a esta invisibilización de lo doméstico lo representó la emergencia de la historiografía de la vida cotidiana (Vainfas, 1996) y las líneas de investigación en economía feminista y en economía del cuidado (Orozco, 2006; Zelizer, 2010).

Estos trabajos sentaron las bases para el estudio de lo cotidiano primero, luego de la domesticidad, en ambos casos produciendo una mayor presencia de las mujeres en la representación del mundo social académicamente investigado. En este contexto, estos nuevos campos de indagación dieron con claves para romper viejas dicotomías entre la razón y la emoción, lo individual y lo colectivo, lo familiar y lo laboral lo privado y lo público (Cerri y Alamillo, 2012; Hochschild y Machung, 1989).

Por una sociología de la interacción con emociones

Arlie Hochschild es una autora que sostuvo una línea de investigación relacionando emociones, domesticidad, trabajo y cuidados. En ese marco, introdujo los conceptos de *reglas del sentir* y de *trabajo emocional* (Hochschild, 1975, 1979) buscando abordar teóricamente fenómenos vinculados con la emocionalidad desde una perspectiva situada en la interacción.

Planteó la necesidad de una sociología *con emociones* (más que *de las emociones*) sosteniendo, al igual que David Le Breton (1999, p. 11), que la emocionalidad es parte constitutiva de la experiencia. Las personas perciben emociones propias y ajenas, y se

orientan por ellas para evaluar las situaciones en que se encuentran y decidir sus acciones a desplegar. En consecuencia, no resulta viable o deseable investigar las emociones como un dominio independiente, sino articulado con las demás dimensiones de la experiencia y del análisis de lo social (Hochschild, 1975).

Hochschild identifica y cuestiona dos modos de comprender la emocionalidad en los actores en ciencias sociales.

El primero lo señala como característico de la obra de Erving Goffman, donde prevalecería una imagen de los actores como seres conscientes y racionales, que ponen en práctica estrategias para maximizar los resultados individuales o colectivos de sus interacciones sociales: esconden sus rasgos vistos socialmente como negativos, disimulan las actuaciones defectuosas de otros, interpretan los actos fallidos propios y ajenos para mejor comprender los contextos (Goffman, 1971). La emocionalidad aquí estaría ausente, o permanecería como un elemento motivacional para la acción racional: los actores pueden por ejemplo manipular las impresiones que causan para evitar la humillación o por su deseo de ser recompensados positivamente por el grupo.

El segundo modo, al cual relaciona con Sigmund Freud, consistiría en postular la imagen de un actor en quien prevalece lo emocional como guía de su acción, pero en forma inconsciente. Los deseos e impresiones afectivas tendrían gran protagonismo pero sin ser accesibles en forma abierta a quienes son portadores de ellos. La emocionalidad estaría aquí presente para explicar las acciones, aunque con un principio de opacidad para la conciencia individual (Hochschild, 1975, p. 281).

Hochschild contrapone a ambas imágenes la posibilidad de considerar a las personas como sujetos que poseen un grado significativo de entendimiento sobre sus emociones y las de sus seres cercanos. Las expectativas conocidas y el repertorio social de emociones que manejan les permiten intentar reconocer y dar sentido a las expresiones y modulaciones experimentadas en primera persona y observadas en los demás. Se trata de actores emocionales y conscientes.

De este modo, en forma cotidiana, los actores reaccionan pero también instrumentan acciones para gestionar y sugestionarse en su nivel emocional. La noción de Hochschild de ‘trabajo emocional’ (Bericat, 2000) viene a señalar que en muchas profesiones, pero también

en la vida personal, es frecuente orientar los estados anímicos a las exigencias del contexto⁵. En profesiones de servicios, pero también en tareas de cuidado familiar, el tono de voz, la expresión en el rostro, y el sentimiento general pueden requerir de disposiciones (como la calidez, la empatía o la amabilidad) que se presentan como requisitos emocionales (como *reglas del sentir*) para cumplir con tales roles. Según Hochschild, los procesos ‘mentales’ funcionan en simultáneo de las lógicas ‘emocionales’, estando ambas estructuradas histórica y socialmente (Hochschild, 1979).

Las emociones esperadas

Tanto en el término *reglas del sentir* de Arlie Hochschild, como en el individuo que es parte de las *alegrías y tristezas colectivas*⁶ de Émile Durkheim, o en la idea de *sociogénesis* de las emociones de Norbert Elias⁷, la sociología es convergente en términos de situar a los actores dentro de una red o trama de expectativas sociales respecto al sentir personal.

Así, es posible reconocer emociones esperadas ante la presencia de un bebé, con todo lo que ellas diferirán de un contexto social a otro y de un tiempo histórico a otro. Estas expectativas, varían según cada grupo social, y en nuestra cultura no es la misma empatía y expresividad la que se espera de mujeres que de varones, de adultos que de niños, de familiares que del resto de los allegados (De Loache y Gottlieb, 2000).

Las madres y padres de los niños, en virtud de su parentesco, son objeto de regulaciones diversas y específicas. En particular en occidente, y con más pregnancia en los sectores medios, estas incluyen dirigirse a los bebés con frases y tonos de voz que estén situados entre lo lúdico y lo cariñoso (Schnack, 2007) así como no experimentar emociones extremadamente negativas respecto del bebé, así como propender espontáneamente por su cuidado y bienestar.

La positivización valorativa sobre los bebés comentada anteriormente (haberse instituido los mandatos por los cuales los niños deben ser vistos como ‘la razón de ser de sus madres’ y ‘el

⁵ Hochschild utiliza el término ‘trabajo emocional’ (1975, p. 290) en analogía con la idea de Goffman de ‘trabajo de expresión’ (1971).

⁶ Dice Durkheim: “el individuo, cuando está firmemente adherido a la sociedad de la que forma parte, se siente moralmente obligado a participar de sus tristezas y sus alegrías; desinteresarse sería romper los vínculos que lo unen a la colectividad; sería renunciar a quererla, y contradecirse” (1993, p. 611).

⁷ Leemos en Elias: “El niño que no consigue alcanzar el grado de configuración emocional socialmente exigida es considerado como «enfermo», «anormal», «criminal» o simplemente «imposible» en distintas gradaciones y siempre desde el punto de vista de una casta o clase determinadas de cuya vida, en consecuencia, queda excluido” (1989, p. 182).

futuro de la nación’ [Fuller, 2001]) produce exigencias singulares, distribuidas con una matriz de género bien marcada. Para una madre puede ser por ejemplo incómodo afirmar que no está feliz con una nueva maternidad, incluso si ésta pudo traer aparejadas molestias durante el embarazo, dolores con posteridad al parto, disturbios en el dormir o el abandono de actividades producto de las exigencias del cuidado infantil.

En las familias que conocí en mi investigación en la Ciudad de Buenos Aires, la presencia de un bebé implicaba con frecuencia para las personas más cercanas modificaciones en sus rutinas: otros tiempos para la comida y para el sueño, readaptaciones en los esquemas de participación laboral, nuevos temas de conversación y modos de relación con la familia y los amigos (De Grande, 2015). Estos cambios, dados en plazos relativamente cortos, dotaban a la vivencia de una intensidad emocional no siempre prevista y muchas veces condicionante de las formas de organización y valoración de la experiencia (Donath, 2015).

Cabe señalar también que la relocalización de la madre y del bebé como dupla doméstica ‘ideal’ de la reproducción humana (Nari, 2004) se sostenía –para comienzos del siglo XXI– junto a la persistencia de infraestructuras inadecuadas para el transporte público, el trabajo o el paseo con niños pequeños. Oficinas, universidades, escuelas y fábricas apenas admiten la posibilidad de que quienes participan de esos espacios puedan hacerlo con niños a su cuidado (Hochschild y Machung, 1989).

El cultivo de las emociones

La experiencia emocional de quienes están alrededor de un bebé es transformada por su presencia. A los sentimientos más íntimos –aunque sociales– que cada uno percibe, cabe agregar las requisiciones y comentarios del entorno, que dan señales de las fronteras de la deseabilidad y las valoraciones colectivas. ¿Tiene celos la hermanita? ¿Está feliz la madre? ¿Esperaba el papá otra nena?

Sin embargo, no sólo en el entorno podemos encontrar un campo de indagación de la experiencia emocional. Desde su nacimiento, el bebé aparece como una nueva persona que progresivamente modulará sus emociones y acciones en ritmos, sentidos y contenidos que resulten de algún modo ajustados a su medio social histórico (Elias, 1982, 1990, 1989; McCarthy, 1989).

Que Berger y Luckman señalaran que quizás la frase que las madres y padres dicen con más frecuencia a sus hijos cuando se han golpeado sea “está todo bien” (Berger y Luckman, 2001, p. 172) dice mucho acerca de esto. La interacción diaria con bebés no sólo resuelve sus

necesidades de comida, calor y protección, sino que instala, a veces por pequeños gestos y escenas cotidianas, las definiciones del mundo emocional, partiendo del clivaje más elemental por el cual distinguir cuándo “las cosas están bien” de cuando “no están bien”. Estos criterios para interpretar cuestiones tan ‘objetivas’ como un golpe contra el suelo inciden tanto en el sentir actual como en el armado de esquemas clasificatorios (Hochschild, 1979, p. 570). Asimismo, no sólo los eventos presentes inciden en el sentido emocional atribuido a vivencias futuras, sino que también ocurre a la inversa, cuando emociones ligadas a una experiencia previa pueden resignificarse a la luz de información nueva con que la persona tome contacto en días, meses o años posteriores (Le Bretón, 1999, p. 109)

Más allá de estos señalamientos, que sirven de ejemplo respecto de algunas tensiones y estructuras de interacción bajo las cuales la presencia con bebés puede organizarse, no es intención de este texto evaluar cuáles son las emociones esperadas en forma típica en una cultura o tiempo específicos. La antropología de la infancia y la historia de la infancia han aportado y seguirán aportando muchas evidencias de lo dinámico y variable que todo ello puede ser (De Loache y Gottlieb, 2000; Turmel, 2008).

En el alcance de este texto, interesa solamente dar cuenta de que en el quehacer de los espacios con bebés –al igual que en otros espacios, pero aquí quizás con cierta intensidad singular– muchas emociones se ponen en juego, y que la articulación de ellas con la estructura social y con la significación práctica es compleja y dinámica.

La expresión de las emociones

Las emociones se perciben en nuestro interior, pero de muchas maneras se manifiestan a los otros. Varios autores han reflexionado a este respecto, haciendo notar que dicho proceso dista de ser lineal (Hochschild, 1975; Labanyi, 2010; Le Breton, 1999).

Las emociones se expresan y decodifican en la interacción cara a cara, aunque también es posible analizar la comunicación de las afectividades en el marco de procesos más extensos en el tiempo y el espacio.

En el nivel micro-social pueden observarse los modos en que las emociones son percibidas y expresadas de manera regular y sostenida en toda conversación o interacción. Es posible notar en estos contextos que con frecuencia una persona puede intentar ajustar su estado emocional a lo que cree debería ser o expresarse, al no sentir por ejemplo suficiente pena ante la muerte de un ser cercano, o suficiente alegría en una fiesta a la que ha sido invitado (Le Breton, 1999, p. 131). Esto puede conducir a instrumentar medios para activar dichas

emociones, o a sentir incomodidad por no hacerlo. Eventualmente, podrá también transmitir una imagen alterada que enmascare los sentimientos genuinamente experimentados. Este proceso de ‘mapear sentimientos en expresiones’ (Hochschild, 1975, p. 293) se produce en un interjuego en el que dos o más personas expresan y decodifican expresiones ajenas, preguntándose por la veracidad, las intenciones y el sentido de las mismas.

El proceso que los padres transitan en la interacción con sus bebés (Bordoni, Español y De Grande, 2016; Carretero y Español, 2016), dando sentido a los gestos, sonidos, movimientos y llantos que se manifiestan, es un camino en el que también se inicia el bebé buscando comprender y expresarse ante sus padres, y que nunca será para quienes participan una experiencia de interpretación del todo segura o unívoca (Cavalcante, 2000).

Entre los padres y sus niños, mucho antes de que aprendan a hablar, se logra establecer un repertorio de expresiones bastante amplio para expresar deseos y sentimientos. Sueño, alegría, hambre, dolor, soledad, enojo, cansancio, repugnancia, agrado, miedo, son algunos de los muchos estados emocionales que los bebés transmiten o perciben en sus interacciones diarias, sea ‘básicas’ o de mayor complejidad (Prinz, 2004).

En el nivel macro-social –y en el tiempo histórico más extendido– las emociones pueden proyectarse fuera del plano privado y de la interacción cara a cara. Retomaremos para poner esto en perspectiva dos ejemplos de expresión de emociones con relación a bebés que han circulado en forma pública de manera relativamente reciente.

Cuando durante la última década, varios países recibieron por primera vez en su historia bebés en sus cámaras legislativas (Figura 1), los medios de comunicación difundieron esas imágenes con la expectativa de que las mismas producirían emociones (de admiración, de rechazo, de pudor, de solidaridad, etc.) suficientemente fuertes en sus lectores como para justificar su distribución.

Figura 1. Parlamentarias con sus bebés*



* De izquierda a derecha, senadora australiana Larissa Waters, diputada argentina Victoria Donda, diputada chilena Camila Vallejos, diputada brasileña Manuela d'Ávila, junto a sus hijas pequeñas.

Así también, históricamente, la voluntad de controlar la emotividad pública por medio de la retórica y medios de propaganda tiene un camino recorrido bien extenso (Cárdenas Mejía, 2015; Álvarez, 2013; Sacramento, 2009). Recientemente, con mayor o menor naturalidad, la comunicación de varias campañas y resultados de gestión ha apelado a mostrar rasgos de la 'afectividad' de los gobernantes allí representados a través de la difusión de fotos de su contacto con bebés.

De esta forma, las figuras de mandatarios hombres con niños ajenos han sido un recurso comunicativo recurrente en campañas políticas y coberturas de gestión en las últimas dos décadas (Figura 2).

Reglas del sentir y subjetividad

Una última nota respecto a las emociones. Que haya emociones esperadas y emociones voluntariamente expresadas; que haya emociones emanadas o que sean 'cultivadas' (sociales, históricas) no debe formarnos la idea equivocada de que la sociología de las emociones, o los estudios de bebés, no precisan sumergirse en la subjetividad de los actores para dar cuenta de sus emociones: ¿quiénes son? ¿qué hacen? ¿qué sienten y con quién?

Figura 2. Mandatarios con bebés ajenos*



* De izquierda a derecha, George W. Bush ayuda a alimentar a un bebé durante la campaña presidencial del año 2000, Nicolas Sarkozy levanta a un bebe recién nacido durante una visita a una maternidad en 2008, Barack Obama hace muecas a un bebé que visita la Casa Blanca, presidente de España Mariano Rajoy en 2016.

La comprensión de las emociones de cada bebé, niño o adulto, excede la decodificación del lenguaje emocional de un medio social, de las estructuras sociales o de la explicitación de las *reglas del sentir*. Estas *reglas* vendrían a representar los márgenes, pero sobretodo, y especialmente, los ingredientes de que se componen las vivencias, trayectorias y sentidos de cada sujeto en la puesta en juego de su subjetividad.

Esto remite a que los actores *juegan/actúan* (metafóricamente dicho y metafóricamente encarnado) a partir de reglas cognoscibles, su realidad subjetiva y social (Bourdieu, 2000; Elias, 1982, p. 85; Goffman, 1971)⁸. En el uso de esta imagen lúdica/teatral no debe desestimarse todo lo real que puede resultar un juego al jugarse, todo lo impensado,

⁸ La perspectiva de la teatralidad en Erving Goffman (los actors se presentan en la escena social [1971]) guarda estrecha relación con la idea de *juego* en la obra de Pierre Bourdieu y en Norbert Elias, solapamiento que incluye el hecho de que en idioma inglés *play* denota tanto la acción de actuar como la de jugar o la de ejecutar una música.

personal y serio que el juego puede ser respecto de nuestros mundos interiores y de nuestra expresividad. Georg Simmel insistió en señalar la doble relación de distancia del juego social con la realidad donde, igual que en el arte, es posible alejarse de lo real para así verlo mejor⁹ (Simmel, 2002, p. 99).

Es importante en este punto evitar dos posiciones que creo problemáticas, que podemos describir como la reducción del *juego* a la *agencia* y la reducción del *juego* a las *reglas*.

Por un lado, creo que conviene evitar decir que los actores tienen *agencia* en su emocionalidad, en cuanto la agencia pueda parecer objetivar aisladamente un don para ser libres que los sujetos tendrían ‘más allá de toda estructura o regla’. Esto parece aceptar el dualismo por el cual los sujetos existirían separados de lo social, como si individuo y sociedad fueran en efecto cosas que pudieran ser tomadas separadamente para su comprensión (idea ampliamente discutida por Elias, 1982). La condición de actuar (de ser *agentes*) con emotividad no sería en consecuencia ‘un recurso’ o ‘una capacidad’, que podría tenerse fuera de la trama social, sino una implicación de estar en sociedad y de ser en ella un sujeto afectivo.

En segundo lugar, si vamos a hacer uso de la metáfora de las *reglas*, creo que conviene rechazar, aunque parezca evidente, la asimilación de las *reglas* con el *juego*. Si existen *reglas del sentir*, su análisis no representa –respecto del sentir acontecido en una o varias personas– más que lo que puede representar el análisis del reglamento de un deporte para conocer el desarrollo de un partido efectivamente jugado. El partido sigue –y eventualmente viola– las reglas, a la vez que es un producto original y único por el que hablan sus actores.

Las reglas y lenguajes de la emotividad compartidos desde la infancia, permiten desarrollar un *sentido del sentir* –siguiendo la idea de *sentido del juego* de Pierre Bourdieu¹⁰–, que permite ser, observarse, expresarse, impresionar a otros y conmoverse de maneras singulares y creativas en la *puesta en juego* de la subjetividad emocional. La indagación de estas

⁹ Dice Simmel: “Sin embargo, la fuente subterránea que alimenta las movilidades de este reino [por el juego de la sociabilidad], no se ha de buscar en estas formas que se determinan a sí mismas, sino sólo en la vivacidad de los individuos reales, en sus sentimientos y atracciones, en la abundancia de sus impulsos y convicciones” (Simmel, 2002, p. 99).

¹⁰ Respecto a la libertad de los actores, dice Bourdieu: “Este *sentido del juego*, como lo decimos en francés, es lo que permite hacer infinidad de ‘golpes’ [por jugadas en el tenis] adaptadas a la infinidad de situaciones posibles que ninguna regla, por compleja que sea, podría prever” (Bourdieu, 2000, p. 22). El mismo margen de posibilidades podría señalarse entre *lenguaje emocional* y *experiencia emocional*.

subjetividades históricas, situadas y personales, puede dar lugar a una indagación más amplia que la de sus reglas, incluso si se despliegan con referencia y en interacción con ellas.

Conclusiones

Imaginarnos como bebés y entre bebés invita a sentir la arbitrariedad de las fronteras de muchos de nuestros esquemas sociales. Pone en evidencia las intensas conexiones de nuestros cuerpos con otros cuerpos; de las así llamadas adultez e infancia; de la historia y el latir de nuestros deseos y nuestros temores.

Mientras que los adultos aparecen a veces en las ciencias sociales como ‘individuos’ sin tiempo (la edad es un atributo, no un proceso) y sin espacio (pretendidamente globalizados), cada bebé reinscribe a su comunidad como un colectivo que cambia y que es hecho en un aquí y en un ahora (recordando aquello de que hace falta una aldea para criar a un niño).

Mirar fijamente a un bebé; alzarlo; sentir su calor; reaccionar a su llanto, empapa la experiencia de dimensiones que la teoría y el conocimiento académico de habitual relegan u ocultan.

En esta línea, se propone no solamente describir a los bebés desde sus espacios tradicionalmente marginados (lo privado, lo femenino, lo infantil), sino cuestionar tales clivajes como categorías correctas para comprender la realidad social en su conjunto.

Así, otras investigaciones han señalado que lo doméstico no es necesariamente un lugar privado (Collin, 1993), lo laboral no es necesariamente algo extraño al mundo de la casa (Hochschild, 1997), y la infancia no discurre como una vivencia necesariamente separada de la adultez (Hagesta y Uhlenberg, 2005).

La investigación social parece haber mostrado suficientemente que ciertos dualismos prevalentes en buena parte de las ciencias sociales empiezan a resquebrajarse¹¹. De esta forma, preguntas tales como ¿por qué no hay mujeres en tu relato? ¿dónde viven, duermen y comen tus actores? ¿cómo nacen? ¿qué hay de sus emociones? ¿por qué miras sólo adultos en tu estudio?, quizás sean interrogantes que podamos hacer crecientemente a todo

¹¹ A partir de un momento en la historia de los sistemas educativos nacionales modernos la pregunta relevante ya no fue ‘¿por qué no hay escuelas para mujeres?’ sino ‘¿por qué las escuelas no son mixtas?’ (Almeida, 2007). La ‘hibridación’ (como en Latour, 2007), o la ‘mixtura’ (como en Hesse-Biber, 2012) parecen nociones de interés para superar los problemas de ciertos esquemas interpretativos dualistas y jerarquizantes.

proyecto o resultado de investigación social que intentemos realizar o se nos presente delante.

No parece aventurado decir, en este sentido, que los bebés facilitan puentes y motivaciones para comprender e integrar la presencia no siempre reflejada de las emociones, de lo doméstico, de la interacción, del género y de la infancia, como claves analíticas relevantes para iniciarse en una mejor comprensión del mundo social en que habitamos.

Referencias

- Aguilar, P. (2013). Domesticidad e intervención: el "hogar" en los debates de la cuestión social (1890-1940). *Debate Público*; 3 (6), pp. 43-58.
- Allemandi, C. (2017). *Sirvientes, criados y nodrizas. Una historia del servicio doméstico en la ciudad de Buenos Aires (fines del siglo XIX y principios del XX)*. Buenos Aires: Teseo.
- Almeida, J. S. de (2007). Co-educação ou classes mistas? Índícios para a historiografia escolar (São Paulo-1870-1930). *Revista brasileira de estudos pedagógicos*, 86, pp. 213-214.
- Álvarez, L. (2013). Engaño, política y performance en Gorgias y Aristófanes. *Ordia Prima*, 11/12, pp. 43-78.
- Ariès, P. (1987). *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. Madrid: Taurus.
- Ariza, M. (2015). La sociología de las emociones como plataforma de la investigación social en *Emociones, afectos y sociología. Diálogos desde la investigación social y la interdisciplina* editado por Ariza, Marina. México D.F.: UNAM.
- Baltar, M. I. (1992). *Política demográfica e parlamento. Debates e Decisões sobre o Controle da Natalidade*. Tese de Doutorado apresentada ao Departamento de Ciencias Sociais do Instituto de Filosofia e Ciencias Humanas da Universidade Estadual de Campinas.
- Bauman, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Buenos Aires: Paidós.
- Berger P. y Luckman, T. (2001). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Bericat Alastuey, E. (2000). La sociología de la emoción y la emoción en la sociología. *Papers*, 62. pp. 145-176.
- Block, J. (1957). Studies in the phenomenology of emotions. *The Journal of Abnormal and Social Psychology* 54(3), pp. 358-363.
- Bonilha, L. R. (2004). *Puericultura: olhares e discursos no tempo*. 93 p. Dissertação (mestrado) - Universidade Estadual de Campinas, Faculdade de Ciências Médicas, Campinas.
- Bordoni, M., Español, S. y De Grande, P. (2016). La incidencia del entonamiento afectivo y la imitación en el involucramiento visual-social temprano. *Avances en Psicología Latinoamericana*, 34, pp. 487-503.
- Boudon, R. (1981). *La lógica de lo social. Introducción al análisis sociológico*. Madrid: Ediciones RIALP.

- Bourdieu, P. (2000). *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.
- Bourdieu, P. (2012). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Buenos Aires: Taurus.
- Cárdenas Mejía, L. (2015). *Retórica y emociones. La constitución de la experiencia humana del lugar*. Bogotá: Editorial Aula de Humanidades.
- Carretero, S. y Español, S. (2016). Multimodal Study of Adult-Infant Interaction: A Review of Its Origins and Its Current Status. *Paidéia*, 26 (65), p. 377-385.
- Cavalcante, M. (2000). Da voz à língua: a prosódia materna e o deslocamento do sujeito na fala dirigida ao bebê. *Revista dos Cursos de Pós-Graduação*, 1, p.157-168.
- Collin, F. (1993). Espacio doméstico. Espacio público. Vida privada. En Adriana Bisquert Santiago (comp.). *Urbanismo y mujer: nuevas visiones del espacio público y privado*. Malaga: Seminario Permanente Ciudad y Mujer, p.231-237.
- Costa, T., Stotz, E., Grynszpan, D. y Souza, M. (2006). Naturalização e medicalização do corpo feminino: o controle social por meio da reprodução. *Interface (Botucatu)*, 10 (20), pp.363-380.
- De Grande, P. (2015). Bebé a bordo. Aspectos problemáticos de maternidades y paternidades en sectores medios urbanos en la Argentina. *Infancias Imágenes*, 14 (1), pp. 7-22.
- De Grande, P. (2017). Evolución del parto domiciliario en la Ciudad de Buenos Aires (2003-2013). *Revista del Hospital Materno Infantil Ramón Sardá*, 2, pp. 93-105.
- De Loache, J. y Gottlieb, A. (2000). *A World of Babies*. Cambridge (EE. UU.): Cambridge University Press.
- Donath, O. (2015). Regretting Motherhood: A Sociopolitical Analysis. *Signs*, 40 (2), pp. 343-367.
- Durkheim, E. (1993). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Alianza editorial.
- Durkheim, E. (2006). *El suicidio*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Elias, N. (1982). *Sociología fundamental*. Barcelona: Gedisa.
- Elias, N. (1989). *El proceso de la civilización*. México: Fondo de cultura económica.
- Elias, N. (1990). *La sociedad de los individuos*. Barcelona: Península.
- Flores Ángeles, R. y Tena Guerrero, O. (2014). Maternalismo y discursos feministas latinoamericanos sobre el trabajo de cuidados: un tejido en tensión *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, 50, pp. 27-42.
- Foucault, M. (1995). *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI.
- Fuller, N. (2001). Maternidad e identidad femenina: relato de sus desencuentros. En Donas, S. (comp.) *Adolescencia y juventud en America Latina*. Cartago: Libro Universitario Regional, pp. 225-242.
- Gilligan, C. (1982). *In a Different Voice*. Cambridge (EE. UU.): Harvard University Press.
- Goffman, E. (1970). *Ritual de la interacción*. Buenos Aires: Tiempo contemporáneo.
- Goffman, E. (1971). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Goffman, E. (2006). *En Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Gottlieb, A. (2000). Where have all the babies gone? Toward an anthropology of infants (and their caretakers). *Anthropological Quarterly*, 73(3), 121-132.

- Hagestad, G. y Uhlenberg, P. (2005). The Social Separation of Old and Young: A Root of Ageism. *Journal of Social Issues*, 61(2), pp. 343-360.
- Hesse-Biber, S. (2012). Feminist Approaches to Triangulation: Uncovering Subjugated Knowledge and Fostering Social Change in Mixed Methods Research. *Journal of Mixed Methods Research*, 20(10), pp. 1-10.
- Hochschild, A. (1975). The sociology of feeling and emotion: Selected possibilities. *Sociological Inquiry*, 45(2-3), pp. 280-307.
- Hochschild, A. (1979). Emotion Work, Feeling Rules, and Social Structure. *American Journal of Sociology*, 85 (3), pp. 551-575
- Hochschild, A. (1997). *The time bind: When work becomes home and home becomes work*. Nueva York: Metropolitan Books
- Hochschild, A. y Machung, A. (1989). *The Second Shift*. Nueva York: Penguin.
- Labanyi, Jo. (2010). Doing things: Emotion, Affect, and Materiality *Journal of Spanish Cultural Studies*, 11(3-4), pp. 223-233.
- Latour, B. (2007). *Nunca fuimos modernos*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Le Breton, D. (1999). *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Liernur, J. (1994). La formación de la casa moderna en la Argentina a través de manuales y artículos sobre economía doméstica (1870-1930). *Semanario de crítica*, 53.
- Lima, A. (2012). O normal e o patológico na relação mãe-bebê: um estudo a partir de manuais de puericultura publicados no Brasil (1919-2009). *Estilos Da Clínica. Revista Sobre a Infância Com Problemas*, 17(2), 324-343.
- Loredo Narciani, J. y Jiménez Alonso, B. (2014). Pequeños ciudadanos: la construcción de la subjetividad infantil en la primera puericultura española e hispanoamericana. *Universitas Psychologica*, 13(5), pp. 1955-1965.
- Luna Zamora, R. (2000). Introducción a la Sociología de las Emociones. *Revista Universidad de Guadalajara*, 18.
- Lutz, C. y White, G. (1986). The anthropology of emotions. *Annual Review of Anthropology*, 15.
- Maffía, D. (2007). Epistemología feminista: La subversión semiótica de las mujeres en la ciencia. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 12 (28), pp. 63-98.
- Matos, M. (2008). Teorias de gênero ou teorias e gênero? Se e como os estudos de gênero e feministas se transformaram em um campo novo para as ciencias. *Estudos Feministas*, 16 (2), pp. 333-357.
- McCarthy, E. (1989). Emotions are social things: an essay in the sociology of emotions. En Franks, D. y McCarthy, E. (eds.) *The Sociology of Emotions: Original Essays and Research Papers*. Greenwich, EE.UU.: JAI Press.
- Nagahama, E. y Santiago, S. (2005). A institucionalização médica do parto no Brasil. *Ciência & Saúde Coletiva*, 10, 3, pp.651-657
- Nari, M. (2004). *Políticas de la maternidad y maternalismo político: Buenos Aires (1890-1940)*. Buenos Aires: Biblos.

- Orozco, A. (2006). *Perspectivas feministas en torno a la economía: el caso de los cuidados*. Madrid: Consejo Económico y Social.
- Pereira, J. (2006). História da pediatria no Brasil de final do século XIX a meados do século XX. Tese apresentada ao Programa de Pós-Graduação do Departamento de História da Universidade Federal de Minas Gerais como requisito à obtenção do título de Doutora em História.
- Powell, C. y Dépelteau, F. (eds.). (2013). *Conceptualizing Relational Sociology*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Prinz, J. (2004). Which emotions are basic? *Emotion, evolution, and rationality*, 69, pp.88-106.
- Radkau, V. (1986). Hacia una historiografía de la mujer. *Nueva Antropología*, 8 (30), pp. 77-94.
- Rosemberg, F. (1994). Crianças pobres e famílias em risco: as armadilhas de um discurso. *Revista Brasileira de Crescimento e Desenvolvimento Humano*, 4(1).
- Sacramento, I. (2009). A mediação da retórica. *Fronteiras*, 11 (2), p. 89-102.
- Santos Alves, A. (2013). Divisão sexual do trabalho: a separação da produção do espaço reprodutivo da família. *Trabalho, Educação e Saúde*, 11 (2), pp. 271-298.
- Schnack, C. (2007). Baby talk: uma fala de adulto direcionada à criança. Que criança? Que adulto? *Calidoscópio*, 5 (2), p. 115-124.
- Scribano, A. (2012). Sociología de los cuerpos/emociones. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 10, pp. 93-113.
- Sheets-Johnstone, M. (1990). *The Roots of Thinking*. Philadelphia, Penn: Temple University Press.
- Shilling, C. (2003). *The Body and Social Theory*. Londres: Sage.
- Simmel, G. (2002). La sociabilidad. En Simmel, G., *Cuestiones fundamentales de sociología*. Barcelona: Gedisa. pp. 77-102
- Simmel, G. (2005). La metrópolis y la vida mental. *Bifurcaciones: revista de estudios culturales urbanos*, 4.
- Tenouten, W. (2006). *A general theory of emotions and social life*. Nueva York: Routledge
- Thoits, P. (1989). The Sociology of Emotions. *Annual Review of Sociology*, 15, pp. 317-342.
- Ticinetto Clough, P. y Halley, J. (2007). *The affective turn*. Durham (Estados Unidos): Durham University Press.
- Turmel, A. (2008). *A Historical Sociology of Childhood*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Vainfas, R. (1996). História da vida privada: dilemas, paradigmas, escalas. *Anais Do Museu Paulista: História E Cultura Material*, 4(1), pp. 9-27.
- Weber, M. (1978). *Sociología de la religión*. Buenos Aires: La pléyade.
- Weber, M. (1997). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Península.
- Zelizer, V. (1994). *Pricing the priceless child: The changing social value of children*. Princeton University Press.
- Zelizer, V. (2010). A economia do care. *Civitas. Revista de Ciências Sociais*, 10 (3), pp. 375-391.
- Zoila, S. (2007). Los niños en la historia. Los enfoques historiográficos de la infancia. *Takwá*, 11-12, pp. 31-50.